

Que los pies se le escaparan de la cama era una maldición que venía de lejos, de su infancia, cuando cada noche, antes de acostarse, acomodaba las sábanas, las aprisionaba bajo el colchón de lana, vadéalo, hijo, que se apelmaza; pero lo inevitable resurgía con la lana formando una trinchera, un muro infranqueable, un desasosiego que cruzaba sus riñones imberbes. Ya no había más que hacer. La noche traía el revuelo, los bombardeos, patear el destino, desarmar al rival, todas esas cosas traía la noche, y las sábanas terminaban rebelándose ante tanta batalla, desertaban, arruinaban sus pies calientes, los que se escapaban de la cama. Y la maldición se repitió durante décadas. Hasta hoy. Porque hoy, él, con los pies helados, se prepara para celebrar su setenta cumpleaños. Seamos exactos. Lo del cuerpo enfurruñado, por ese frío que le llegaba de los dedos entumecidos, sabañones, qué palabra, el invierno de Madrid, comenzó hace sesenta años, cuando las anginas le abrazaron a los diez recién cumplidos, un estado febril, no podía tragar nada, ni la pieza de mazapán, su regalo de Reyes, me duele tanto, madre, a la cama y calla, no hables, deja que el

cuerpo actúe, qué va a ser de mí, el estirón, eso le decían su madre, su hermano, su tía, ahora verás, tres días en cama, y saldrás convertido en una araña de patas largas, el estirón, como la goma de mascar, la resina, la baba de caracol, pero no las pesetas, con esas no hay cuidado, que no crecen ni dejándolas en reposo durante semanas, bajo la almohada, ni rogándoles al despertar que crezcan y se multipliquen. Esas, las ingratas, menguan, las canallas. Tú lo sabías. Y aún lo sabes. Así de sencillo: entra un niño a la cama, no sale en setenta y dos horas, se mantiene en punto de ebullición (me achicharro, madre; aguanta), entonces se deja macerar y aparece hecho un tirillas. Un espanto. Una tarántula de pantalones cortos, que no son cortos, que son bombachos, qué bombachos ni qué ocho cuartos, eran de tu hermano, te quedaban crecederos, y ahora, ya ves, apenas si te cubren las vergüenzas. Madre mía, lo que ha alargado esta criatura. Y qué delgado está, Virgen Santa. Tanto era así que con las manos me rodeaba la cintura, eso les contaba a sus hijos, yo, de pequeño, abarcaba mi cintura con las manos, así, y los hijos se reían porque no podían creerlo, porque ellos ni siquiera podían encerrarle con sus brazos, qué dice papá de vientre abultado, satisfecho, reventador de botones, tragón de armas tomar, no es para tanto, exageráis, pero su índice sabueso, en ese momento, en todo momento, rastreaba por el mantel a la búsqueda de alguna miga ingrata, tú, pequeña, has escapado de mi currusco, vamos para dentro. Deglutía la miga, su manjar, como si fuera una princesa rebelde a quien devolver a su torre de marfil. A sus dientes. Tics de los niños de posguerra. Y hoy, que cumple setenta años, ha planificado su día al milímetro. Qué absurdo, ha pensado al ver en un papel amarillo el horario riguroso que él mismo se ha impuesto. A las diez menos cuarto toca salir de casa, tomar el autobús que me deja en Goya; a las

diez y cuarto llego, si no hay tráfico; entonces, eso no lo ha escrito porque sabe que las transgresiones no se escriben, de ellas no hay que dejar huella, entrará en una taberna de las de su barrio, de toda la vida, pedirá un montadito de jamón, de lomo con queso, si acaso, es día de celebración, y un chato de vino, solo uno, no más, qué va a ser malo, lo recetan para problemas cardiovasculares, uno bueno, un rioja, un reserva, lejos de la mirada inquisitorial de los hijos, de la esposa, de quienes, en los últimos años, tras la subida del azúcar y el exceso de peso, le hacen imposible comer sin culpa. A él, que había sido un tirillas, un flaco de circo, la burla, a él ahora con restricciones, a él, que casi no tuvo qué llevarse a la boca, a él ahora con dietas, qué manía, por qué no lo dejarán tranquilo, cada cual a lo suyo, a su territorio, a sus hambres satisfechas, a su cuerpo de gigante. Aquel pecado, con tocino incluido, le sabe a gloria, la grasa derramada, el pan untado, el sorbo final, ni una gota en la copa, qué buen día. Sonríe al camarero y le da las gracias por haberle dejado en paz, por no lanzarle miradas asesinas a cada nuevo mordisco, papá, qué bocados, si un día te vas a dejar el muñón. En este bar, nada de sarcasmos, nada de gruñidos. Qué rico. Según sus planes lícitos, llegará a la zapatería a las once menos cuarto. Anoche prometió a los suyos, a su camada, cómo llamarles, que sí, que él se regalaría un buen calzado para el senderismo, para nuestras rutas de fin de semana, que él no miraría la etiqueta. En esta ocasión, sin que sirva de precedente, les prometió, con la boca chica, todos se dieron cuenta, ignorar el precio. Tan solo seguiría los consejos del dependiente. De verdad. Y su hijo, el pequeño, el que de tanto en tanto le hacía la pedicura, ay, papá, que no te cuidas nada, vamos, esa uña, la del gordo, que se me clava y no me deja, cómo no va a clavarse, papá, si la tienes hundida en la piel, ¿no te duele?, qué doler, qué doler,

tú a por ello, sin miedo, corta, lo que haga falta; su hijo, el menor, el que llegó a su vida cuando frisaba los cuarenta, le dio una serie de instrucciones que le sonaron a chino, a jeroglífico, pero a todo dijo que sí, claro que me entero, claro que sé de qué me estás hablando. ¿Y qué diantres es eso de cámara de aire en el talón, por supuesto, de Gore-Tex, membranas impermeables y transpirables, suela antideslizante, no se te olvide, y que no pesen más de ochocientos gramos? ¿Para qué tanta chorrada?, piensa mientras, ya sentado en un sillón que invita a siesta mañanera, una cabeza inocente, aguarda a que comience el bombardeo de preguntas que solo se dirigen, subrepticamente, hacia un fin: que este señor, este potencial cliente, se deje en nuestra caja cuanto más dinero mejor. El negocio, amigo, el negocio. Y no puede evitarlo. En la zapatería solo ve derroche. Le influye demasiado el pasado. Sueña grandilocuente para un hecho tan puntual como comprar unas dichas botas, pero es así, no puede evitarlo. Le duele esa pared cubierta de botas, en hilera, sostenidas por plataformas transparentes, como hormigas estáticas en la pared, disciplinadas, con sus rótulos cargados de especificaciones técnicas. Y el precio. ¿Cómo no mirarlo? Lo primero, se va al precio, y su pensamiento se hace recurrente, pero qué disparate, la madre del cordero, qué robo a mano armada. No dice nada, solo espera, dentro de unos minutos le atendemos, señor, solo espera mientras observa al resto de la clientela, y su mirada se queda clavada en los pies de un crío, siete años, rodeado de seis cajas que se tambalean, y las botas desaparejas, el caos en torno a este crío, que más bien es un déspota implacable, y la madre se retira el sudor de la cara y de las manos, el sudor que emerge ante el dictador de no más de un metro, un tirano que se niega a calzar botas que no sean dignas de su alcurnia, mamá, no, no y no. ¿Tú quieres que se rían de mí? ¿Eso es lo

ZAPATOS ROTOS

que tú quieres? Mamá, cómprame esas, y señala las más caras, y la madre se pellizca el labio dispuesta a claudicar, y mete las manos en el bolso, y saca de algún bolsillo secreto, cómo duele, uno, dos, tres billetes arrugados, los ahorros, su salud. Entonces a él, con estos setenta años que hoy cumple y defiende, le entran unas ganas locas de acercarse al crío y propinarle una bofetada que le despierte, y otra a la madre, por criar monstruos que salen a la vida sin saber que la vida no es el capricho de nadie. Sin embargo, no hace nada. Sigue esperando como reo dispuesto al castigo. El castigo de encerrar sus pies allá donde los otros le impongan. Quizá por eso, por la noche, cuando nadie le vigila, ni él mismo se vigila, los pies se escapan; hoy ha encontrado una explicación factible, no es una maldición, sino una protesta severa: a pesar del frío, son mis pies y hago con ellos lo que me da la gana.